

Cayó Papantzin; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,
Nublada la frente régia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.

Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.

Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,

Donde pasó largos días
Y largas noches inquietas,
A acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

ROMANCE I

LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas
Y un mundo desconocido,
Hernan Cortés, temerario,
Manda quemar sus navíos.

Un puñado de valientes
Contempla tanto heroísmo,
Y cada cual se propone
Volver al suelo nativo;

Tornar á la patria un día,
 Pero de la patria digno,
 O perecer en la lucha
 Si no puede conseguirlo.

Arden las barcas, y el fuego
 Alumbra el mar cristalino
 Reflejándose en las nubes
 Con brillante colorido,

Como una aurora de gloria
 Que anuncia, tras de un martirio
 Largo y penoso, felices
 Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos
 Soldados esclarecidos,
 Vivirán eternamente
 Por los siglos de los siglos.



Viniendo de Ixtapalapan,
 Pasado Mexicaltzingo,
 Coyohuacan y Mixcoac,
 En un punto en que el camino

Se parte en dos, se detuvo
 Aquel ilustre caudillo
 Que un mundo arrojó valiente
 A los piés de Carlos quinto.

Hernan Cortés, rodeado
 De un ejército mezquino
 En número, pero grande
 Por lo bravo y aguerrido,
 Recibió los parabienes
 De dos mil guerreros indios,
 Que en nombre de su monarca
 Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente
 Alhajados y vestidos,
 Pasaron ante sus ojos
 Humillándose sumisos,

Tocando la tierra, y luego
 Besándose al punto mismo
 Las manos, que entre ellos era
 La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,
 Siguió su marcha el altivo
 General, y á media legua
 De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac
 Ir á su encuentro ha querido,
 Para rendirle homenaje
 Y admiración, de que es digno
 Hombre que así se rodea
 De tal fama, y tal prestigio
 Ha conquistado en sus vastos
 Y poderosos dominios.



En una litera hermosa,
 De cedro en labores rico,
 Y reforzado con planchas
 De plata y oro bruñido,
 Bajo un parasol que forman
 Cuatro abiertos abanicos
 De plumas rojas y verdes
 Sujetas con blancos hilos,
 Que en el vértice, entre piedras
 Que roban al sol su brillo,
 Tiene una águila afianzando
 Negra culebra en el pico,

Apareció el rey de Anáhuac
 Con aire grave y tranquilo,
 Sofocando de su pecho
 El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores
 Profusamente vestidos,
 Pero descalzos y andando
 Por los lados del camino,

De respeto en señal, iban
 De tres nobles precedidos
 Que llevaban en las manos
 Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente
 Para el pueblo claro indicio,
 Pueblo que á su rey seguía
 Sin penetrar sus designios,

Como su rey temeroso,
 Y como un rey abatido,
 Y enclavados en el suelo
 Los húmedos ojos fijos.



Cuando cerca uno del otro
 Aquellos dos enemigos,
 (Que tal vez nunca lo fueron
 Según parece en los libros),

Se avistaron, un instante
 Hirvió confuso el gentío,
 Cada cual buscando ansioso
 Mejor puesto y mejor sitio;

Y aztecas y castellanos
 Admiraron su atavío,
 En tanto se detuvieron
 El rey y el soldado ínclito.

Del brindon bajóse el uno
 Con muestras de regocijo,
 Y de la litera el otro
 Con el semblante tranquilo;

Dejando mirar empero,
 En sus ojos, repentino
 Pavor que tras de los párpados
 Procura esconder solícito.

Que al ver tan de cerca al hombre,
 Héroe de tantos prodigios,
 Siente á su pesar que eriza
 Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas
 Y le zumba en los oídos
 Con acento pavoroso
 La voz de sus adivinos.

Y de Papantzin se acuerda,
 Papantzin que en el recinto
 De Tlaltelolco, aun asusta
 A los que muerta la han visto;

Papantzin, que vive sola,
 Y que absorta en su retiro
 Ve realizado el sueño
 Que le embargó los sentidos.



Cortés ante Moteuczoma,
 Gallardo, aunque conmovido,
 Hizo un saludo profundo,
 Y el monarca hace lo mismo;

Cortés le cuelga en el cuello
 De grandes cuentas de vidrio
 Un engarzado rosario
 Que desde Europa ha traído,

E intenta abrazarlo, pero
Se le oponen los ministros;
Que fuera gran desacato
Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!
¡Ay, quién les hubiera dicho
Que ha de sujetarlo un día,
No con los brazos amigos,
Sino en oscuro aposento,
Con eslabonados grillos!....
¡Quién entonces lo dijera!
¡Quién se los hubiera dicho!....

El monarca con los ojos
Le dió las gracias al ínclito
Español, por esa muestra
De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,
Al obsequioso caudillo,
Con dos collares de nácar
Hechos con gusto exquisito,

Del cual pendían algunos
Cangrejos de oro macizo,
Del natural imitando
Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,
En que se dieron recíprocos
Parabienes por la honra
Que al mirarse han recibido,
Se separaron entrambos
Tomando rumbo distinto,
El uno asaz caviloso
Y el otro asaz pensativo.

El rey, para dirigirse
Vía á su alcazar, seguido
De sus nobles y guerreros
Que le acompañan mohinos;
Y Cortés con Cuitlahuatzin
Del rey hermano querido;
Y que con los españoles
Desde Ixtapalapan vino,

Hacia un cercano palacio,
Murado y fuerte edificio
Que supo admirar cual siempre
Por lo grande y por lo limpio,
Y al cual entró con sus tropas,
Como ellas envanecido,
En medio de un populacho
Que el aire aturde con gritos.

ROMANCE II

LA PRISION.

Cortés estuvo seis lunas
En México, temeroso
De traiciones y celadas,
Que eran en número corto
Sus tropas, y bien podía
El rey, si cambia de modo
De pensar, en un momento
Exterminarlos á todos.

Y un pensamiento concibe
Que por lo atrevido, loco
Parecióle algunas horas
A su espíritu coloso;

Pero consultando luego
Con sus capitanes doctos,
Se obstina más en su idea,
Que en ellos encuentra apoyo,

Y resuelve apoderarse
De Moteuczoma, que es solo
El medio de estar seguro
En lugar tan peligroso.

Y va con sus compañeros
Alvarado, Ordaz, y otros,
Y con Marina, la india,
Que era el imán de sus ojos,

A palacio, y pide audiencia,
Y obteniéndola, animosos
Invaden la régia estancia
A poner su plan en logro;

Plan gigantesco que puede
De agudo delirio, aborto
Parecer... empero tuvo
Término breve y famoso.

Cortés despliega el primero
Los labios, y en su socorro
Llamando á toda su astucia,
Comenzó á hablar de este modo:

—«Vengo, gran rey, á decirte
Que tu vasallo el odioso
Señor de Nauhtlan (funesta
Nueva que adquirí hace poco),
Sé que hostiliza á los míos
En Veracruz, y que ha roto
El juramento sagrado
Que en tu nombre hizo á nosotros,

Matando á Escalante, gefe
Denodado y valeroso
Que pereció batallando,
A quien como hermano lloro.

Y pues que de tal suceso
Te dan por autor, no á otro,
Queriendo á mi soberano
Cuenta cumplida dar pronto

Y satisfaccion bastante
De un agravio tan notorio,
Vengo á saber tus disculpas,
Y si por buenas las tomo.»

Al escuchar tales frases,
 Se alza el rey; miedo y enojo
 Pinta en su faz, y bajando
 Dos escalones del solio:
 —«Mis enemigos te engañan,»
 Dice al fin con agrio tono:
 «Yo á mi palabra no faltó,
 Y aquel atentado ignoro;
 Y si es el Señor de Nauhtlan
 Culpable, yo te respondo
 De que será castigado
 Como cumpla á mi decoro.»
 —«No dudo, replica el héroe,
 Que la calumnia á tu rostro
 Pretenda lanzar, inicua,
 Negro baldon afrentoso;
 Por lo mismo yo pretendo,
 Para que conozcan todos
 La estimación que nos tienes,
 De perfidia sin asomo,
 Y para que el rey mi amo
 Se satisfaga del todo,
 Que vengas á mis cuarteles
 A vivir entre nosotros.»

Dos mas escalones baja
 Moteuczoma, y clava absorto
 En Hernan Cortés, abiertos
 Enormemente los ojos.
 —Y ¿cómo quieres, le dice,
 Que sin degradarme, cómo,
 Me deje prender, hundiendo
 Mi dignidad entre el lodo?
 Y si consiento, ¿tú crees
 Que abandonado á mí propio
 Me dejáran mis vasallos
 Prisionero entre vosotros?
 Nada contendrá el torrente
 De su furia y de su encono,
 Y ayudados de los dioses
 Volarán en mi socorro!»
 El español con acento
 Seguro y con gran aplomo,
 Atusándose el bigote,
 Le contesta de este modo:
 —«¿Por qué ha de extrañar tu pueblo
 Que nos des un testimonio
 De amistad? Si en mis cuarteles
 Vivió tu padre el glorioso

Axayacatl, es muy justo
Que bajo el techo que mozo
Te dió abrigo, determines
Buscar tranquilo reposo;

Dando además una prueba
A tus pueblos numerosos,
Del afecto que nos guardas
Del corazón en el fondo.

Mas si es que intentan los tuyos
Algo contra mí, no somos
Débiles mujeres miseras
Sin amparo y sin apoyo;

Armas tengo y brazos fuertes
Y proyectiles de plomo,
Y ¡vive Dios! que con ellos
Sabré castigar su arrojó.»

Con faz color de ceniza
El rey escuchaba atónito,
Brotando sudor la frente
Por cada uno de sus poros;

Y la vista revolviendo
Con grandes muestras de asombro,
La posa al fin en Marina
Interrogándole absorto.

En este momento uno
De los capitanes, rojo
De cólera, y del buen éxito
De la empresa temeroso,

Mirando que el rey vacila
Y que su miedo es notorio,
Dirigiéndose á su gefe
Clama con acento ronco:

—«Séllense ya nuestros labios,
Válganos la fuerza solo,
O que aquí pierda la vida
Si nos conoce tan poco.»

Y dando claras señales
De brío, con aire torvo
Golpeó la acerada diestra
Del espadín en el pomo.

Torna el rey mas azorado,
Mas pálido y tembloroso,
A interrogar á Marina
Con los rayos de sus ojos,

Y esta le dice que acceda
A lo que piden, gustoso;
Que aquellos hombres son tercos
Y están resueltos á todo.